

## San Francisco de Asís: Santo Teólogo y Poeta

Gustamos de imaginar al Francisco de los años mozos, gallardo, doncel, lleno de todas las seducciones que conmueven al corazón femenino. Su exuberante juventud, amó, sin duda, todo lo bueno que la vida ofrece a sus mimados y el brillo de sus ojos debió reflejar, más de una vez, el gozo de vivir. Con la altivez del caballero y la pureza de costumbres del hombre bien nacido, tenía de Don Juan la arrogancia capaz de dilapidar la hacienda sin un gesto, pero estaba libre de la extraña aberración sexual del célebre amador español. No se conoció en su vida mujer alguna y en sus diversiones, sólo hubo lugar para la jocunda alegría de la gente joven, para la música y los versos, cuyos asuntos eróticos jamás lograron alterar su alma cándida.

Pedro Bernardone, en su fuero íntimo, sentíase halagado por este hijo suyo tan festejado, tan gentil, que más tenía de real estirpe que de origen plebeyo, y que lanzóse con todo brío a las acciones militares. Un año de prisión le valió su arrojo y éste fué el primer aldabonazo que había de llamarlo al camino de perfección. No tardó en producirse el segundo en forma de dolorosa enfermedad que cambió insensiblemente su apreciación de los hombres y de las cosas.

Hasta que un día el antiguo Francisco muere definitivamente.

Fué un 24 de setiembre, allá por el 1208. Asistía a Misa en la Porciúncula, cuando oyó leer el Evangelio: "Id, predicad y decid: "el reino de los cielos está cerca". Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. De balde habéis recibido, dad de balde. No llevéis oro ni plata ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos ni báculo" (1).

Francisco se había encontrado a sí mismo, había nacido nuevamente y esta vez a la verdadera vida, la que lo llevaría a Dios.

Acogida fué su metamorfosis con la burla y el desprecio, séquito infaltable a quienes logran despojarse de las ataduras de la carne y quebrar la cadena de los apetitos. Pero Francisco, que gustara de la aprobación y del aplauso de las gentes, sigue adelante. El afecto de los suyos se trueca en despiadado rechazo y Francisco, que amara a sus padres con todo el calor de su alma apasionada, sigue adelante. Y vistiendo burda y áspera túnica, con los pies descalzos, enlaza su brazo con el de la esposa tan amada y emprende el largo camino que han de recorrer siempre juntos hasta la hora de la muerte.

¿Dónde encuentra el Poverello fuerza bastante para vencer, cuando todo se complica en ansioso afán por verlo claudicar? En la fuente de toda energía, de todo heroísmo: ¡el amor de Dios!

Su alma inflamada en santo fuego, no solo aceptó sino que buscó el dolor en esa incomprensión de los amigos, en ese desapego de los suyos, en la burla de todos; y su cuerpo, en amoroso afán de convertirse en santuario de Cristo, conoció las torturas del ayuno, del cilicio, de la enfermedad, para culminar en apoteósica ventura: la estigmatización; que por vo-

luntad divina, igualó a Cristo en las llagas, a quien había tratado de igualarlo en las obras.

Francisco no era hombre de estudios ni de ciencia. Hijo de acaudalada familia de comerciantes, toda su riqueza intelectual era la común de los jóvenes de su esfera social: lectura, escritura, algo de francés y latín, música y poesía a la que era muy afecto. En verdad muy poco para quien, corridos los años, habría de interpretar con tanta exactitud los textos sagrados, que allí donde no llegaban otros pese a su formación escolar, penetraba su mirada de águila que no en vano poseía la intuición del genio. Por que no era por cierto la humana sabiduría quien nutría ese cerebro, sino, como dice su amigo el Cardenal Hugolino, "el saber de Francisco emanaba directamente de Dios y se alimentaba en la inspiración divina". Y ésta es la causa de que tanto saber no corriera aparejado con el orgullo, que por lo común sirve de mareo a las mentes privilegiadas.

La humildad, ese ideal tantas veces predicado y otras tantas olvidado y pisoteado, se cumple ampliamente en el Poverello.

Hilario de Lucerna dice que "en esa sencillez e inflexibilidad conmovedoras con que el Santo practicó toda su vida el Evangelio hay que buscar el entusiasmo despertado por él en nuestros tiempos. Lástima —agrega— que en muchos ese entusiasmo es provocado por la moda, o por el sentimentalismo, y en otros por una apreciación del todo inexacta y anticatólica de la personalidad y los fines del Poverello."

Según esta errada interpretación moderna, Francisco sería el encargado de desentrañar el verdadero sentido del pensamiento Evangélico adulterado por la Escolástica que violentamente habría introducido el elemento racional, ajeno, por completo, a la doctrina de Cristo, la cual, rechazando la inteligencia, enfocaría exclusivamente el sentimiento. La "Suma Teológica" de Santo Tomás, representaría, en tal caso, "la primera traición al pensamiento de Cristo". ¿Puede haber algo más ilógico y absurdo?

Se pretende hoy día, quitar a la fe su contenido intelectual, acentuando, en cambio, la tonalidad afectiva, procedimiento muy cómodo pues elimina el dogma y borra la sanción. Muy otra es la opinión de la Iglesia y la de Cristo y la de Francisco.

Dice Jesús: "Si observareis mis preceptos perseveraréis en mi amor, así como Yo he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor. Estas cosas os he dicho para que observándolas fielmente os gocéis en el gozo mío."

Y Francisco amó, siguiendo los preceptos del Divino Maestro, en total renuncia de sí mismo, en aras de incondicional aceptación de la palabra del Verbo en cuanto tiene de sensible y de doctrina.

No se volvió Francisco contra la escolástica: bien estaba para él la interpretación de los textos sagrados hecha por los padres de la Iglesia, jamás pretendió el comunismo dogmático que libra al arbitrio de todas las inteligencias lo que ha sido patrimonio de los escogidos. En su posición de verdadero cristiano Francisco no representa la rebelión ante lo establecido sino que su vida toda fué: humildad, obediencia y amor.

Y como él sus hijos trabajaron intensamente para mantener la Iglesia de Cristo en su primitiva pureza y lo hicieron no contra la razón sino con

ella, no para combatir la escolástica sino los errores de los valdenses, maniqueos y otros heresiarcas; no para abrir una brecha en el credo católico y derivar de ella una religión puramente afectiva, sino para enseñar a los hombres a conocer a Dios para amarle a través de ese conocimiento.

Nadie tan respetuoso como Francisco de la autoridad del clero: el sacerdote estaba para él por encima de todo, aún de las faltas y defectos: "Yo no sé —dice— ni quiero saber, si esas manos son puras, sólo sé que en ellas estuvo Cristo en el momento de la consagración. Fué también la pobreza proverbial de la orden motivo de erradas interpretaciones. Nada tienen que ver los ideales de San Francisco y de sus hijos con las doctrinas del comunismo actual. Francisco, creó y el comunismo destruye y mal haríamos en ver en el Poverello a un precursor por muy Poverello que se lo contemple.

No menor que la importancia ideológica fué la influencia del Santo en la evolución poética de su tiempo. Con él se inició en la poesía italiana una nueva corriente: la mística, de la que fué árbol que retoñó con notable lozanía en épocas posteriores. Y esto ha sido lo mejor quizá de su obra como poeta: plantar la simiente para que a fuer de humilde —¿podría dejar de serlo alguna vez?— otros recogieran el fruto.

De su producción poética en el verdadero sentido de la palabra, sólo nos ha llegado el "Frate sole" cuya paternidad se le discute con escaso verismo, por lo menos sin documentación y dos poemas: "In foco mi amor misi" y "Amor caritate" con escasísimas probabilidades de acierto.

Aquel hombre que veía a Dios hasta en el polvo del camino que pisara su mística sandalia, que llamaba a las aves, a las flores, al sol, al leproso —cuyas llagas besara venciendo toda la repugnancia de su carne rebelada—, sus hermanos; es todo un hombre, es más, que un hombre: es un santo y con ello no cabe más, ya está todo dicho.

Y esto fué San Francisco de Asís, el Poverello, humilde en su grandeza, simple en su saber que lo tuvo pese a los que pretenden despojarlo de todo.

Su simplicidad no está reñida con la sabiduría. El mínimo y dulce Francisco lo llamó Rubén Darío. El amor lo llevó a la dulzura, su modestia a la simplicidad, pero una y otra están muy lejos de esa actitud ñoña y atontada que muchos pretenden para detrimento de quien siendo todo un carácter con personalidad poderosa, queda convertido en un guiñapo mezcla de bobo y visionario.

Para Francisco todo es prueba del amor con que el Señor nos mira, amor más grande que nuestra indiferencia, más grande aún que nuestra ingratitud de eternos descontentos. Y Francisco, advirtiendo la pequeñez del hombre frente a tanta generosidad, sólo sabe agradecer y tan bien lo hace en esa constante repetición del salmo (1) que al leer lo sentimos que ese "Deo gratias" sube a los pies del Padre para repetir no ya por boca de Francisco, sino con él pero por boca nuestra: "Laudatu sii mi signore".

Poeta en todas sus obras, esclavo de su amor a Dios pero dueño de su carne, caballero de la causa de Cristo y como tal defensor de las instituciones por Él creadas, fidelísimo consorte de una sola mujer: la Pobreza, pródigo de sí hasta la inmolación de su yo, varón como el que más justo y como el que más santo, su muerte no ha sido tal en el corazón de los que saben de su vida, de tal modo, que por siempre será verdad el epitafio que compusiera para él Gregorio IX: "Ante obitum mortuus, post obitum vivus".

(1) Frate Sole.